

ENTRADA

La comunicación alternativa y el discurso de al Sociedad Civil

José Ignacio Rey

Es ya un lugar común decir que, en vísperas del tercer milenio, la humanidad está afectada por una profunda crisis y, movida por la inercia, avanza por una especie de túnel sin aparente salida. Los síntomas de la crisis son muy variados, aunque el diagnóstico fundamental sea unánime. Se desdibuja el perfil de los valores. Crece el desprestigio de las instituciones. En el mejor de los casos, prevalecen ambigüedades e incertidumbres. Quizás por vez primera en la historia, la crisis actual tiene dimensiones mundiales, si bien las distintas regiones la padecen de distinta manera. Para unos la vida pierde sentido, mientras que a otros la vida les queda negada como simple posibilidad de futuro. Me apresuro a decir que no participo del pesimismo de los agoreros de oficio que se la pasan pronosticando desastres sin fin y estoy definitivamente en contra de quienes -las más de las veces con un cinismo conservador e interesado- se atreven a hablar del «fin de la historia». Pienso que las crisis pasan en la medida en que los problemas se enfrentan. Procurando alargar la vista y armado de sobria esperanza, estoy convencido de que la humanidad, en un proceso no exento de conflicto y de dolor, acertará en su propia reconstitución. De ella y sólo de ella depende que lo que hoy parece un atardecer se convierta, más pronto que tarde, en alborada. Ese es el reto.

No resulta fácil el diagnóstico preciso y el tratamiento de una crisis global. Se impone la modestia y la mesura. Múltiples aportes parciales y localizados se irán sumando seguramente en dinámicas convergentes. Con plena conciencia de límites y de provisionalidades, las reflexiones que siguen están fundamentalmente referidas al área específica de la comunicación social y brotan desde una perspectiva y en un contexto principalmente latinoamericanos.

SEMANTIZACION DE LO IRREAL

Uno de los fenómenos sorprendentes, en los tiempos que vivimos, es precisamente el del repunte de una suerte de nominalismo impenitente. Pareciera, por ejemplo y para no salir del tema central del presente trabajo, que todos los comunicadores se hubieran convertido en «creadores o asesores de imagen». Tiranía de las formas, frente a la creciente ausencia de contenidos. Nos invaden los modismos verbales, palabras y expresiones de nuevo cuño, más o menos vacías. Verborrea institucionalizada. Hoy todo son «globalidades», «escenarios» y «agendas». Se han puesto de moda «el relato» y «los públicos». Nos movemos entre «corporaciones» e «interactividades». Todos los problemas se resuelven con criterios de «mercadeo», «negociación», «excelencia» y «calidad

total». De un corto tiempo a esta parte, la clave parece estar en la «reingeniería» del pensamiento.

Habría que estudiar, en su génesis y en sus consecuencias, este fenómeno de hiperinflación verbal. Aunque sea de paso, me atrevo a sugerir algunas hipótesis explicativas. La primera, casi obvia, es que el fracaso de lo real está impulsando la creación de «realidades virtuales». Se busca desesperadamente llenar vacíos, ya que la conciencia humana se desanima sin sustento. Este impulso, que pudiera ser espontáneo, es seguramente también inducido. Quienes hace pocos años, con una lectura miope de ciertos acontecimientos, dictaminaron el «fin de las ideologías» se dedican ahora a fabricar otras nuevas, para consumo general. Entiendo aquí por ideología cualquier semantización de lo irreal, cualquier intento doctrinario con intencionalidad encubridora o distractiva, cualquier operativo de camuflaje que garantice la continuidad de ciertos privilegios. Son ya legión los intelectuales que, en todos los países y definitivamente alejados de cualquier pensamiento crítico, han sido seducidos o reclutados por la más poderosa industria moderna: la de la fabricación de sueños, parapetos y más caras.

Esta corporación anónima y multinacional emplea recursos y métodos de altísima sofisticación. Nada raro, si la misma -me atrevo a afir-

mar y es otra hipótesis— está directa o indirectamente controlada por el imperio de la publicidad. Aquella vieja distinción entre publicidad y propaganda ha quedado ciertamente caduca. La segunda ha sido asumida por la primera. La publicidad ha invadido todos los ámbitos de la vida humana. Sólo el «marketing» marca las pautas. La industria publicitaria no sólo ocupa espacios y financia a los grandes medios de comunicación, sino que les quita prácticamente toda iniciativa seria y les priva de cualquier independencia creativa. Los códigos de la publicidad acaban regulando cualquier discurso y, a través del discurso, las relaciones sociales todas. En esa misma dirección y como prueba de lo mismo, he venido denunciando, concretamente, que las grandes corporaciones y empresas de publicidad asociadas siguen penetrando las Universidades, con la consiguiente reducción de los pocos espacios que quedan para el pensamiento crítico y autónomo¹. Por cierto, esa penetración apenas encuentra ya resistencia: una estrategia de largo alcance va dando sus resultados.

EL DISCURSO DE LA «SOCIEDAD CIVIL»

No me detengo aquí, dentro del género del ensayo breve, ni a verificar hipótesis ni a comentar las consecuencias, más o menos obvias, del fenómeno descrito. Prefiero fijar mi atención en dos áreas concretas que han venido siendo privilegiadas por los fabricantes de nuevas ideologías. Las dos están entre sí relacionadas y ambas se relacionan de alguna manera con lo que constituye el eje del presente trabajo.

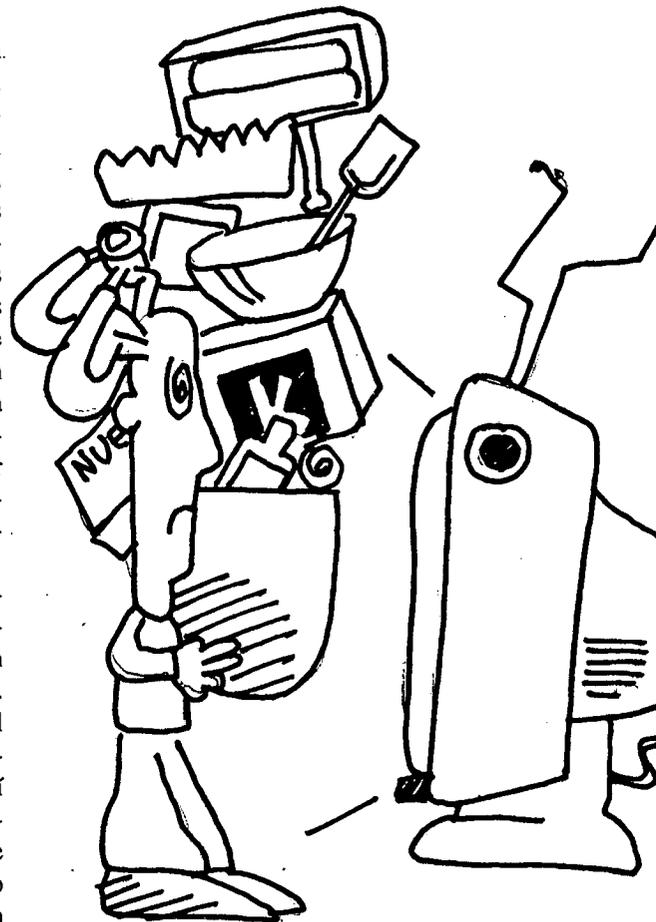
No cabe la menor duda de que el discurso sobre la ética es hoy un discurso de moda. Hasta los más corruptos hablan de ética. Curiosamente, lo han puesto de moda, sobre todo, los propios medios de comunicación y es con mucha frecuencia el centro de los debates que ellos mismos suscitan.

Se parte del presupuesto de que los males que nos aquejan se deben

fundamentalmente a una decadencia generalizada de los valores morales, tesis que en manera alguna comparto. Se parece a aquella otra que, en el terreno específico de la economía, pone en la corrupción el origen de las grandes desigualdades en la distribución de la riqueza. Según esas tesis, pareciera que, restaurados los valores morales por una especie de voluntarismo mágico, podríamos, sin otros cambios, entrar todos en una especie de «mundo feliz». Voluntarismo mágico, a cuya activación, por cierto, han sido expresamente convocadas las Iglesias y las tradicionales instituciones religiosas.

Expresión de lo mismo es el intento de elaborar «códigos» que restrinjan ciertos abusos y los reduzcan a límites socialmente tolerables. También la evocación nostálgica del humanismo «decente» y de los presupuestos éticos que animaban —así se dice— a los pioneros y a los fundadores del capitalismo. Como lo he dicho en otro momento², el discurso ético de moda no pasa de ser un «recurso a la ética». Simple operación cosmética, que deja a un lado cualquier intento por analizar a fondo el sentido de los modelos económico-sociales que se imponen.

Hay otra área de manipulación semántica que por el momento me interesa aún más. La misma se inscribe dentro del ámbito de la filosofía política. Me refiero, concretamente, a la expresión «sociedad civil». Se usa y se abusa de la misma con sospechosa equivocidad e indeterminación. Se la exhibe como una especie de patente de corso, para tratar de justificar a veces lo injustificable. Se oculta, desde luego, que es una expresión vieja, nacida en el contexto de una concepción brutalmente individualista de la vida. Se oculta, así mismo, que, histórica y concretamente en la Revolución Francesa, significó el triunfo de la burguesía emergente por el control del Estado. Se deja en la sombra también que, para otra corriente de pensamiento, la sociedad civil es indivisible del Estado que la encarna y de alguna manera la trasciende. Sospechosas omisiones.



Hoy en día y en nuestro contexto, se la presenta, lavada de cualquier lastre, como expresión de sociedad moderna, civilizada, orgánica, despolitizada pero responsable, consensuada, participativa. Desde luego, siempre en oposición al Estado y a favor de su debilitamiento progresivo. Tampoco puede ser casualidad que esta campaña a favor de la proclamada sociedad civil coincida en el tiempo con la campaña a favor del neoliberalismo y de la privatización a ultranza. Vía libre, probablemente, para la incautación privada de los despojos del Estado y vía libre para que opere sin trabas la única ley del libre juego de la oferta y la demanda.

En el caso concreto de Venezuela, es preciso señalar algunos hechos, modalidades y circunstancias. No deja de ser chocante, por ejemplo, que jueguen ahora al debilitamiento del Estado precisamente quienes siempre medraron bajo su amparo. No puede dejar de reconocerse, por otro lado, que el desprestigio de muchas instituciones del Estado (el



desprestigio radical es de los viejos partidos políticos monopolizadores del poder) es bien merecido, pero el remedio está en su reforma y no en su desmantelamiento. El papel del Estado, reformado o reestructurado, con funciones bien definidas y con mecanismos de control eficientes, es insustituible. Siempre y en cualquier parte, pero más todavía hoy y aquí, en grave situación social de inestabilidad y de anomia, permanentemente al borde del caos.

Nadie puede negar la conveniencia y aun la necesidad de que la población se organice, también y sobre todo al margen de los partidos políticos, así como de que conquiste espacios cada vez mayores de participación activa en las decisiones que tienen que ver con lo público. Es más, antes de cualquier otra cosa, lo que está planteado como impostergable hoy en Venezuela es una Asamblea Constituyente que no sea una reedición modernizada de viejos pactos oligárquicos. La gran dificultad para todo ello es

COMUNICACION

precisamente la precariedad organizativa de nuestra población, resultado obvio y seguramente pretendido de una cadena ininterrumpida de gobiernos paternalistas, en dictadura o en democracia.

Los que promueven la campaña en curso parecieran ignorar —pienso que no lo ignoran y esto es lo más grave— que la auténtica sociedad civil en Venezuela es una simple entelequia. Ausencia de sujeto. Si no ignoran, su ignorancia es grave. Si no lo ignoran, su cinismo es todavía mayor. Me pregunto honestamente ¿cómo pueden atreverse algunos, en estas circunstancias, a convocar, como de hecho lo están haciendo para finales de Mayo en Caracas, a un «II Encuentro de la Sociedad Civil»? ¿De qué sociedad civil se trata? ¿Qué sectores de la población están convocados y, en todo caso, ¿cuáles tienen capacidad organizada para encontrarse? En un país de mayorías inveteradamente dispersas y marginadas ¿no volverán a encontrarse los mismos que siempre se encuentran? ¿Con qué derecho las minorías poderosas de siempre—ellas y sólo ellas, sí, bien organizadas— se abrogan la representatividad de todos? ¿No pretenderían jugar el mismo papel en una eventual Asamblea Constituyente? Falsa proclama de diálogo y de voluntad de encuentro por parte de quienes le temen a una democracia radical. Si de verdad no hubiera intencionalidad excluyente, la única convocatoria necesaria en estos momentos sería la que estuviera orientada a la promoción popular y, más concretamente, a formar intensivamente promotores de organización de base, a todo nivel y a escala nacional.

Ha resultado algo larga la referencia concreta al modismo verbal de la «sociedad civil», en el contexto particular, además, del caso de Venezuela. Lo segundo no es limitativo, ya que el caso de Venezuela, con variantes, es seguramente extrapolable al conjunto de los países latinoamericanos. Lo primero, lo de la «sociedad civil», era necesario, porque sienta las bases para la reflexión subsiguiente.

EL PROYECTO DE «COMUNICACION ALTERNATIVA»

Desde hace algo más de veinte años, sectores avanzados del mundo latinoamericano de las comunicaciones diseñaron y fueron poniendo en práctica un modelo de «comunicación alternativa», que algunos llamaron también «horizontal», «popular», «de base». Se partía del presupuesto de que el sistema de los grandes medios, controlado de hecho por sectores económicamente muy poderosos y privilegiados, en ningún caso podría llegar a ser vehículo adecuado para dar voz a quienes nunca la tuvieron. Se pensaba que, por su carácter masivo, no podían tampoco generar procesos de auténtica comunicación; cumplían —eso sí— una función difusora importante, con el riesgo probable de que cumplieran además una función manipuladora o alienante. En previsión de ese riesgo, se formulaba expresamente la necesidad de fomentar la formación o capacitación del receptor.

Desde esa misma posición crítica frente a los grandes medios, se pensaba que el Estado no podía declinar su obligación de estar dotado de un moderno cuerpo legal específico y de una Política Nacional de Comunicación. Más en concreto, con criterio realista y en relación a los medios audiovisuales, se pensaba que debería prevalecer un régimen de propiedad «mixto auténtico»: adecuado balance entre medios privados y públicos.

Pienso que no hace falta entrar aquí a describir en detalle las características del modelo «alternativo» propuesto. Baste decir que propiciaba una comunicación «horizontal», personalizante y no masiva, bilateral o retroalimentada. Por razones también de economía, la misma se instrumentaba principalmente con pequeños medios.

En orden a precisar el sujeto invitado o convocado a participar activamente en la propuesta, se usaron dos expresiones adjetivadas: «comunicación popular», «comunicación

de base». La primera tenía como ventaja una cierta connotación de clase social baja, pero como desventaja una cierta connotación populista y vaga. La segunda, igualmente vaga pero libre de connotaciones populistas, hacía más bien referencia al conjunto de sectores poblacionales subordinados, en calidad de meros receptores, al poder de los grandes medios.

No puede dejarse de lado lo principal. La «comunicación alternativa» se inscribía en otro proyecto, más grande, de «educación alternativa». Por otra parte, ambos proyectos se inscribían en un tercero, más grande todavía y de largo alcance, inequívocamente «político». A través de la comunicación así concebida, se trataba de que las mayorías, tradicionalmente maltratadas o marginadas, pudieran capacitarse y organizarse en orden a llegar a tener participación activa y poder de decisión en el ámbito público.

He usado el pretérito para describir a grandes rasgos el proyecto de «comunicación alternativa», pero igualmente hubiera podido usar el presente, ya que el proyecto sigue en marcha, con resultados evidentes, que no es fácil ni es el momento de calibrar. No haría falta tampoco advertir que, entre los propulsores del proyecto, nunca faltó la autocrítica y siempre estuvo el debate abierto, en orden a corregir fallas y con miras a adecuarlo permanentemente a un contexto general y latinoamericano obviamente dinámico.

¿EDUCACION CIUDADANA?

No voy a reproducir aquí toda la riqueza del debate teórico que se da actualmente entre quienes siguen asumiendo, frente al problema de la comunicación social en América Latina, una «perspectiva crítica y alternativa». Desde luego y dicho sea de paso, éstos no son ya todos los que fueron: abundan los tráfugas oportunistas o los simples adherentes, por convencimiento o cansancio, a las ideologías de moda. El debate es hoy particularmente necesario, ya que los cambios de toda índole que

se han operado en el mundo en los últimos años obligan a revisar a fondo y a resituarse en el nuevo contexto cualquier proyecto regional anterior, también el que nos ocupa. En vez de tratar de reproducir ese debate y habiendo llegado personalmente a la conclusión de que los últimos cambios en el contexto no le restan validez fundamental al proyecto de lo que se ha venido llamando «comunicación alternativa», me interesa comentar brevemente el núcleo de una propuesta concreta de revisión, recientemente formulada, para terminar sugiriendo el situado oportuno de algunos nuevos acentos.

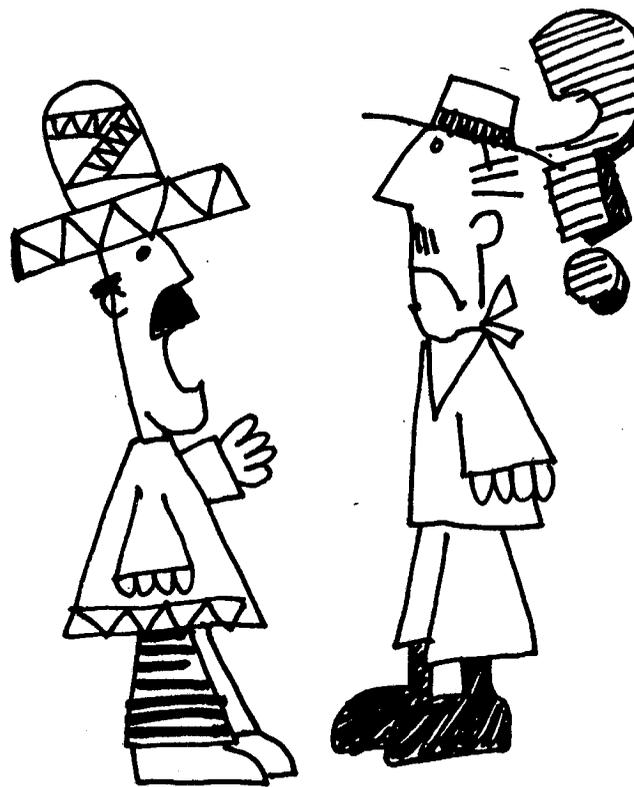
Se ha propuesto concretamente que la comunicación alternativa debiera ser hoy más «ciudadana» que «popular». La expresión «popular» es vista como restrictiva y limitante, sectaria, localista y casi marginal. Se impone educar para la tolerancia del otro. Sin dogmatismos sectarios, es urgente crear nuevos esquemas de relación entre simples «ciudadanos». El antiguo comunicador popular, abandonando una concepción meramente instrumental del oficio, debería asumir un papel más incisivo y protagónico, pasando a ser «gestor de democracia», comunicador integral, mucho más que simple productor. La clave para esa dinámica integradora sería la «negociación», previa capacitación de los negociadores. Como conclusión de lo anterior, se enfatiza en la propuesta que la comunicación alternativa debería concebirse hoy como «educación ciudadana».

Se afirma igualmente que la comunicación popular ha descuidado con frecuencia la individualidad irrepetible de las personas, los aspectos que atañen a la subjetividad del receptor, ahora sobre todo «ciudadano». En ese sentido, se impondría privatizar lo público, sin dejar de insertar en lo público el ámbito de lo privado. No deberían minusvalorarse las capacidades espontáneas de ese receptor, ni desconocerse la variedad de lecturas que puede tener un mismo mensaje.

En base a lo anterior, la propuesta de revisión sugiere también un

replanteamiento de actitudes frente a lo masivo. La comunicación alternativa no debería en ningún caso proyectarse al margen de los grandes medios de comunicación de masas, cuyos mensajes no pasan de ser ambiguos y cuyos efectos tampoco son automáticos. El comunicador popular tradicional debe insertarse, por las fisuras de los modelos hegemónicos, en el complejo entramado de los grandes medios, para tratar de hacer de ellos, en lo posible, escuela de tolerancia, negociación y ciudadanía, así como lugar de encuentro.

No descarta la propuesta, finalmente, que haya que seguir haciendo presión para que el Estado diseñe y ponga en marcha una Política Nacional de Comunicación. Con todo, después de advertir del error que supondría confundir Política Nacional con legislación, pareciera quedar sugerido, entre líneas, que el papel del Estado en este ámbito no es ni principal ni definitivo. El protagonismo mayor lo vendría a tener el consenso



negociado de los simples ciudadanos.

ESBOZO DE UNA RESPUESTA

No comentaré en detalle cada uno de esos puntos, que brindan, desde luego, observaciones interesantes y permiten enriquecer la discusión. Quiero destacar lo que subyace en el fondo de la propuesta, que me parece responde —lo digo de una vez— al modismo ideológico, tan publicitado, de la «sociedad civil».

Más allá de preferencias o conveniencias verbales («popular», «horizontal», «de base», «ciudadana», etc.) —asunto en sí mismo irrelevante—, en la propuesta aludida hay un evidente desplazamiento del sujeto principal de la comunicación alternativa, desplazamiento que la desnaturaliza. Pareciendo ignorar la composición interna real de nuestras sociedades latinoamericanas —composición lamentablemente no afectada por los proclamados «grandes

cambios»—, se pretende ahora instrumentalizar el proyecto de la comunicación alternativa para el buen funcionamiento de una sociedad civil por demás inexistente. De alguna manera se presupone que, en el concierto de las «negociaciones» que serviría de fundamento a esa sociedad civil, todos por igual tienen voz o, si se prefiere, todos por igual no la tienen. Cuesta comprender tamaña ingenuidad.

Aunque sea de paso, no puedo dejar de subrayar que la tendencia a atribuir al mecanismo de la negociación una suerte de poder mágico para la resolución de cualquier problema social forma parte de la misma moda. Al margen de las reservas que uno pudiera tener con una palabra que deriva del mundo mercantil, el éxito, en términos de acuerdo social, de cualquier proceso negociador depende de una cierta igualdad en el poder negociador de cada una de las partes. Precisamente, la intención de fondo de una genuina comunicación alternativa, no desnaturalizada y en base al diagnóstico de la situación de desigualdades abismales, no era ni es otra que la de dotar de poder a quienes nunca lo han tenido o simplemente no lo tienen. Pienso que, lejos de cualquier sectarismo intolerante, ésta es la única manera sincera y eficaz de favorecer el entendimiento, el acuerdo y, en definitiva, la democracia.

No puede menos que reconocerse como positiva la sugerencia de reforzar la atención, teórica y práctica, a los sujetos personales concretos llamados a protagonizar procesos alternativos de comunicación. Desde luego y como ya se dijo antes, esa comunicación alternativa siempre fue concebida como expresión específica de un proyecto educativo de largo alcance y, en cuanto educativo, personalizable. Es importante destacar lo del largo alcance, ya que por lo visto algunos impacientes se apresuran a calificar de fracaso lo que no es sino ausencia relativa de resultados tangibles en el corto plazo.

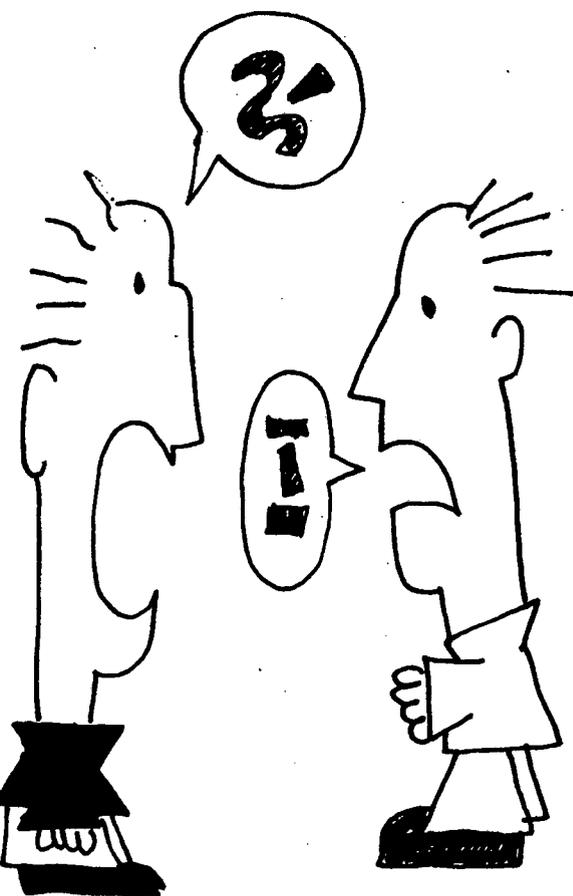
Por otra parte, el proyecto mismo de «comunicación alternativa» tiene su razón de ser a partir del reconoci-

miento de la importancia de los grandes medios, así como de la necesidad de ayudar a formar al usuario y al receptor crítico⁷. No es nada nuevo lo de las «fisuras en los modelos hegemónicos», pero la globalización comunicacional, de la que tanto se habla, no va precisamente en contra de la concentración de poder, ni a favor de la democratización de los medios. Tampoco en esta área los «grandes cambios» se orientan a la reducción de las desigualdades. En los grandes foros internacionales, por ejemplo, el tema del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación ha quedado definitivamente fuera de la mesa de debates. Se refuerzan brutalmente las hegemónicas, eso sí, con nuevas modalidades.

Hay que evitar, desde luego, el error de confundir con meras reformas legales una Política Nacional de Comunicación. De hecho no ha habido mucho lugar para la confusión, ya que una y otras han estado más bien ausentes en el panorama latinoamericano. En esta área como en todas, tan peligroso es el legalismo como la anomia. El verdadero error es pensar que, sobre un vacío legal, pueda fundarse la democracia. Parecido error es creer que pueda haber juego sin reglas y que, sin normas básicas, la libertad de expresión y el derecho a la información puedan quedar garantizados para todos. No se puede a estas alturas seguir haciendo el juego a quienes, por tiempo y con relativo éxito, propalaron la falacia de que en el terreno de las comunicaciones «la mejor ley es la que no existe». Más en general, parece mentira que alguien de buena fe pueda no ver que, en cualquier parte pero más si cabe en países como los nuestros, el debilitamiento del Estado conduce en mayor medida a la anarquía y al caos que al crecimiento de la así llamada sociedad civil⁸.

ENTRE LA RESISTENCIA Y LA UTOPIA

Para terminar, quisiera dejar formuladas algunas sugerencias generales —diría yo que actitudinales o de



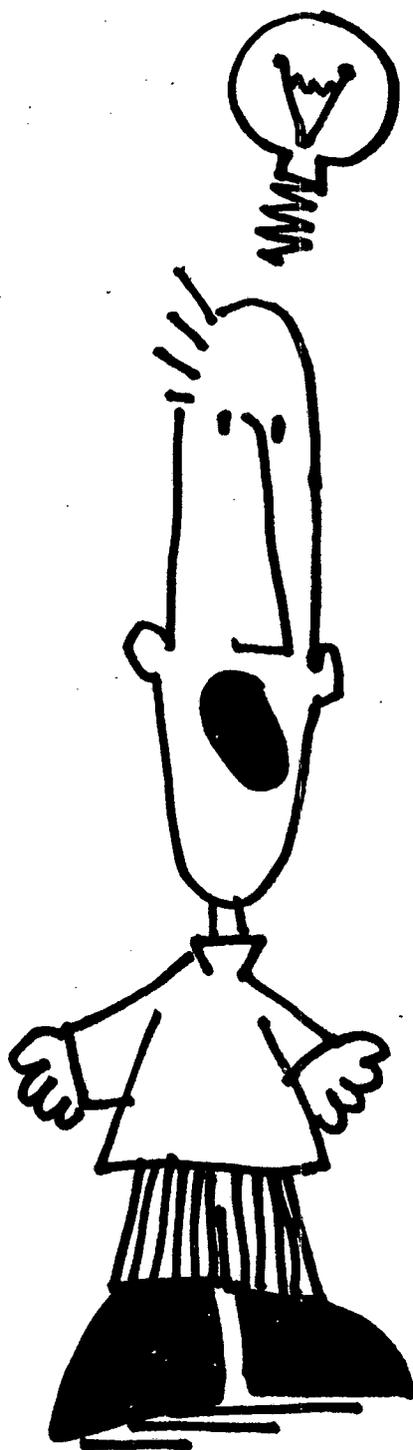
método— que puedan contribuir a no equivocar la perspectiva, en medio de un mundo más y más dinámico, dentro de un ambiente que hoy por hoy no puede dejar de ser de incertidumbre.

Pienso, en primer lugar, que es necesaria una cierta reserva crítica frente a la realidad o al mito de los «grandes cambios». Hay razones fundadas para sostener que los cambios a nivel mundial no son tan grandes como se pregona. Quizás sean procesos de reacomodo, más que de cambio propiamente dicho. En todo caso y desde la perspectiva de «los excluidos», los cambios parecen apuntar hacia una mayor exclusión. Tampoco aquí caben ingenuidades.

En la misma dirección, creo que al experto en comunicaciones y al científico social les toca desnudar con crudeza los modismos verbales en boga, desmontar con precisión artesanal las nuevas ideologías. Hoy más que nunca, los espacios de lo real están siendo invadidos por arquitecturas virtuales. El rigor del pensamiento está siendo trucado a base de seducción publicitaria.

Abiertos y receptivos para procesar cualquier dato nuevo, los verdaderos sabios del presente deben suspender juicios definitivos. Vigilantes siempre. Escépticos hasta nueva orden. Entre el rechazo sistemático y la adhesión ingenua, hay tiempo para una espera activa e inteligente.

Vivimos, en todo caso, una época de transición. El futuro inmediato de la humanidad no está determinado. Nada sustantivo ha fraguado. Lo que hemos llamado «reparto global», diseñado por los países poderosos de la tierra, no se ha consumado todavía. Ello significa, en primer lugar, que no hay razones objetivas para detener proyectos alternativos en curso, orientados, en distintos niveles, a la reconstrucción y fortalecimiento de lo propio. Significa también que está contraindicado el deponer actitudes de resistencia y de presión, más necesarias hoy que nunca. Sólo la fortaleza inmensa que supone la unión de los débiles podrá retrasar indefinidamente el «fin de la historia». Significa, sobre todo, que



sigue abierto el tiempo para la formulación de utopías. No podemos permitirnos el lujo de llegar con retraso. Los factores adversos son poderosos y el tiempo apremia.

NOTAS

1. Rey, José Ignacio. «Comunicación Alternativa en Venezuela: apuntes para una agenda». En: *Comunicación*. N° 86, Caracas 1994, p. 44-46.

—Sobre el mismo tema de la penetración del mundo de la publicidad y de las grandes corporaciones en el ámbito de los medios, el arte y la cultura, pero en los Estados Unidos de Norteamérica, resulta imprescindible, el libro: Chomsky, Noam *Ilusiones necesarias. El control del pensamiento en las sociedades democráticas*. Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1992.

2. Rey, José Ignacio. «El recurso a la ética en una época de cambios». En: *Comunicación*. N° 75, Caracas 1991, p. 3-12.

3. Rey, José Ignacio. El «I Encuentro de la Sociedad Civil» se había celebrado también en Caracas en Mayo de 1994. La iniciativa de ambos Encuentros provino de la Conferencia Episcopal Venezolana y de la Universidad Católica Andrés Bello.

4. Rey, José Ignacio. «Comunicación Alternativa y Comunicación Popular». En: *Comunicación*. N° 28-29, Caracas 1980, p. 5-8.

—«Subversivos o integrados: lo alternativo en perspectiva latinoamericana». En: *Comunicación*. N° 51-52, Caracas 1985, p. 7-11.

5. Rey, José Ignacio. «Comunicación Alternativa en Venezuela: apuntes para una agenda». En: *Comunicación*. N° 86, Caracas 1994, p. 44-46.

6. Alfaro, Rosa María. *¿Comunicación popular o Educación ciudadana?* (Papel de trabajo presentado a la III Asamblea del Consejo de Educación de Adultos de América Latina—CEAAL—, La Habana, Abril 1994).

7. «Los derechos del usuario y la comunicación.» En: *Comunicación*. N° 77-78, Caracas 1992, p. 4-11.

8. Rey, José Ignacio. «Comunicación Alternativa en Venezuela: apuntes para una agenda». En: *Comunicación*. N° 86, Caracas 1994, pgs. 44-46.

—«El futuro de nuestra televisión». En: *Comunicación*. N° 88, Caracas 1994, p. 23-35.

9. «Reparto global». En: *Comunicación*. N° 85, Caracas, 1994, p. 2-3.